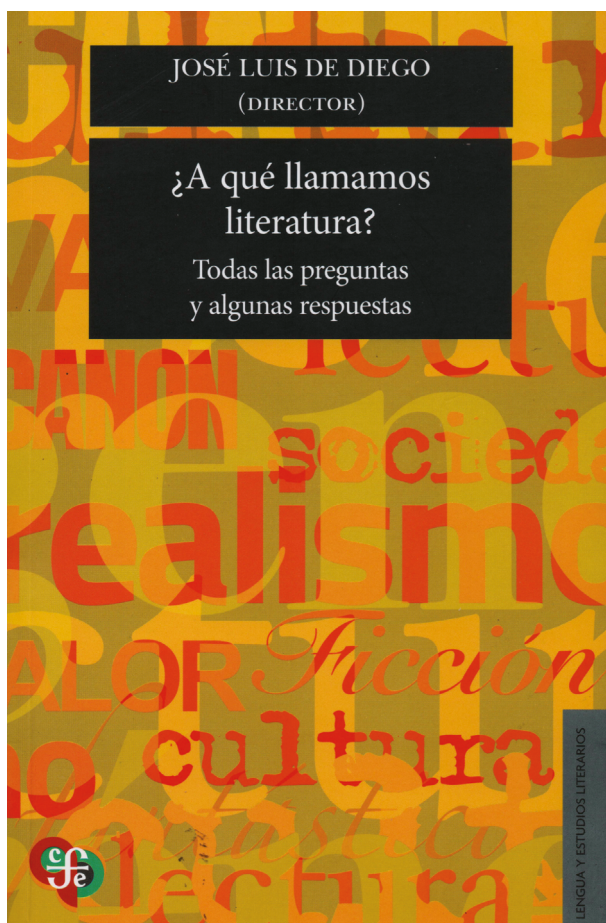


JOSÉ LUIS DE DIEGO (DIR.), *¿A QUÉ LLAMAMOS LITERATURA?
TODAS LAS PREGUNTAS Y ALGUNAS RESPUESTAS*, BUENOS AIRES,
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 2024



JEREMÍAS BOURBOTTE* 

Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales,
Universidad Nacional del Litoral / Consejo Nacional de
Investigaciones Científicas y Técnicas
jeremias.bourbotte@gmail.com

El libro –redactado por José Luis de Diego junto a sus colegas, Virginia Bonatto, Malena Botto y Valeria Sager, catedráticos de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP)– ensaya el género de la divulgación, con una prosa amable y un registro ni demasiado académico ni demasiado coloquial, equidistante entre el rigor y la hospitalidad. En su laboriosa redacción, se percibe el intento de encontrar un tono, es decir, de volver legible o accesible una serie de problemas cuyo atributo principal es la complejidad y que suele requerir consideraciones técnicas, así como una abundante jerga disciplinar. Es evidente que, al carecer de notas al pie, apelar a anécdotas, mencionar ejemplos y recurrir a casos de estudio, no asistimos a una introducción a los

estudios literarios, sino más bien a un itinerario propedéutico en torno a los problemas de este campo. Por eso se trata de un libro de consulta y de visita ocasional, útil para estudiantes y profesores de literatura, pero también para lectores de cualquier índole que se interesen en la materia y busquen, al menos, un mapa o un paneo general.

El libro se organiza a partir de una pregunta fundamental: *¿a qué llamamos literatura?*, la cual, así formulada, pone énfasis no tanto en definir qué es la literatura, sino en exponer las distintas concepciones de lo literario a lo largo de la historia. En el Romanticismo, por ejemplo, comienza a acuñarse la concepción tradicional que se mantiene hasta nuestros días: un conjunto de textos impresos distinguidos del resto de las disciplinas científicas y que se consumen en forma escrita, individual, con el formato de un libro y a partir de una lectura extensiva –es decir, de la lectura de más de un texto a la vez y con una menor intensidad a la que practicaron los lectores de la Antigüedad y del Medioevo en Europa–. Sin embargo, es necesario comprender que esta concepción del libro, de la lectura y del arte literario no siempre ha tenido esta estructura. Esto quiere decir que un cierto número de preguntas acerca de lo que llamamos literatura ha persistido a lo largo del tiempo, pero las respuestas a las mismas han variado según cada época. Si el objeto muta, también muta su definición.

Ahora bien, de todas las acepciones de la literatura comentadas por el libro, una no deja de destacarse: la literatura no como manifestación de lo sublime y misterioso, sino como un *resto* de la lectura del texto, es decir, de aquello que permite preguntar, pensar, indagar la historia, tomar distancia, cuestionar o desmontar la apacible certeza de lo ya aprendido. La literatura es la pregunta que persiste después de una lectura.

A su vez, el libro presenta una serie de capítulos organizados a partir de ciertos problemas que orientan el debate literario. Menos que intentar responder a todas y cada una de las preguntas formuladas de modo tajante o taxativo, se desarrollan algunas posibles soluciones o tentativas teóricas sobre discusiones vigentes. En ese sentido, cada capítulo constituye una unidad y bien puede consultarse en forma autónoma, a modo de clase o lección. En cada capítulo persiste un ánimo didáctico y es notable la perspectiva histórica a partir de la cual se describe cada problema.

Si, como se ha dicho, no es posible establecer una definición excluyente y duradera de lo que llamamos literatura, los autores de este libro de divulgación han sabido mostrar los alcances y las limitaciones de las distintas teorías que apuntan a definir lo literario. Las definiciones tradicionales del objeto como ficción, desvío o extrañamiento han contribuido a resaltar algunos de sus aspectos constitutivos, pero también manifiestan algunas insuficiencias, lo que facilita la comprensión de su problematicidad por parte del lector. Asimismo, el problema de la clasificación de los géneros se aborda en el segundo capítulo para poner de relieve el carácter indeterminado de su estatuto: si bien los géneros varían y los textos se modifican en forma incesante, los lectores tendemos a leer –se afirma– con una cierta “expectativa de género”, asumiendo que asistimos, con ciertos matices, a un drama, una tragedia o una comedia.

El capítulo tercero, en cambio, interroga acerca de los modos de representación. Allí se lleva a cabo un análisis profuso de la estética realista y de la larga cuestión de la mimesis literaria, de la cosmovisión del siglo XIX en la estructura típica de una novela decimonónica y, por último, se sigue con una caracterización del romanticismo y de las definiciones de lo fantástico. Sin embargo, lo que aquí interesa es poner de manifiesto una controversia: si la literatura “imita o refleja” lo real o si esta, por el contrario, representa un mundo posible a partir de diferentes formas de verosimilitud.

Por otra parte, los siguientes capítulos conciernen a las principales cuestiones de la sociología de la literatura, así como de los llamados estudios poscoloniales, estudios de género y los estudios culturales. En el capítulo cuarto, el libro se detiene en la cuestión del valor, de la norma, del canon y de las regulaciones que los editores, críticos literarios, los propios escritores, los premios y los suplementos literarios realizan sobre la pieza literaria. Por otra parte, el capítulo quinto aborda la historia de la lectura como práctica cultural ligada al tipo de soporte o materialidad del texto y se pregunta por sus usos a lo largo de la historia. En primer lugar, se ofrece un panorama de los modos de lectura y de los cambios en los dispositivos del texto, desde el papiro y el códice a la invención de la imprenta hasta la aparición de la pantalla, distinguiendo en cada caso los respectivos perfiles de lector. En segundo lugar, el libro se demora en la teoría de la recepción de Hans-Robert Jauss y en la representación del lector y de la lectura en la ficción. El capítulo sexto aborda la vida social de los libros y el papel del escritor en la sociedad, caracterizado a través de dos teorías de la cultura, las de Raymond William y de Pierre Bourdieu. Por último, el séptimo capítulo profundiza la relación entre literatura y los conflictos culturales, en particular sobre su lugar en la cultura, así como los avatares del estructuralismo –y su variante, el post-estructuralismo–, la teoría de género y los estudios sobre colonialismo.

De las numerosas cuestiones que sobresalen en estos últimos capítulos, quisiera destacar dos puntos que tienen especial relación con el presente.

El primero tiene que ver con el lugar de la literatura en nuestra cultura. Hoy en día la literatura —se afirma en el libro— parece estar padeciendo el proceso de saturación característico de las industrias culturales, inmersa en un mundo atestado de películas, series televisivas, videos, música, recitales, videojuegos, obras de teatro. La tecnología, el internet y la difusión masiva saturan la información y ponen a la literatura en un lugar indiferenciado en un océano de productos culturales, distribuidos y regidos bajo el imperio de un algoritmo. Por eso ha cedido su posición de privilegio y hoy constituye un producto cultural que convive con otros tantos, con una aparición más difusa y menos central respecto de siglos precedentes al nuestro. Todo esto vuelve a la pregunta inicial —¿a qué llamamos literatura?— de una inusitada actualidad en un contexto de deterioro de la cultura y de dificultad para sus intérpretes tradicionales —profesores, críticos literarios, editores, traductores, escritores—.

El segundo punto plantea que la cuestión del valor de la literatura tiende a no ser discutida y que, en ocasiones, se valora lo literario en función de una agenda. En el presente, ¿importa la literatura como tal o porque habla de otra cosa?, ¿se valora una obra por lo que es o porque comulga con intereses políticos y valores morales? Esto se relaciona con la antigua polémica sobre la corrección política y la instrumentación de los libros literarios como vehículos de transmisión moral. En especial, ocurre cuando las demandas de un grupo (étnico, religioso, sexual o partidario) juzgan a una obra a partir de un criterio ideológico rígido que ignora o pretende ignorar lo estético. El problema derivado radica en perder de vista la obra y despojarla de sí misma: impedir que esta nos interrogue, forzarla a que nos ratifique lo que ya sabíamos. Por eso, este libro nos ayuda a comprender que, en definitiva, la emoción estética —si asumimos la idea de la literatura como un *resto*— está más cerca de una sincera perplejidad que de la aprobación o confirmación de una certeza.

***Jeremías Bourbotte** es Doctor en Humanidades con mención en Letras por la Universidad Nacional del Litoral (UNL). Actualmente, se desempeña como becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en la sede del Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales (IHuCSO) con una investigación sobre la internacionalización de escritores argentinos en Italia.

Recibida: 15/10/2024 - Aceptada: 25/10/2025